

<b>Medio</b>	LA SEGUNDA
<b>Fecha</b>	06/01/2017
<b>Mención</b>	Jorge Sharp y la tele. Mención a Lyuba Yez, académica de la Escuela de Periodismo de la UAH.

## Jorge Sharp y la tele



Por Alfredo Sepúlveda

Una autoridad política se transforma en paladín justiciero del malestar social, impide el trabajo de la prensa, coarta la libertad de la misma y la mayoría del país lo aplaude. ”.

**E**l problema entre la TV, calamidades y dignidad de las personas es antiguo, y la propia industria lo ha reconocido. El Consejo de Ética de los Medios de Comunicación, ya en 2010 definió el énfasis en la emocionalidad que tuvo la cobertura del 27/F: “reiteraciones, sensacionalismo y una suerte de voyerismo dramático”.

Hace por lo menos siete años que los canales detectaron el problema, han pedido corrección y cuentan con protocolos. Pero el énfasis emocional a la brutanteque ha seguido muy presente en las coberturas posteriores. El incendio en la cárcel de San Miguel (81 muertos) en diciembre de 2010 fue tal vez el paroxismo: no sólo por la cachetada que una familiar de un preso fallecido le dio a la periodista Mónica Sanhueza, entonces de CHV, que le preguntaba si el interno estaba “completamente identificado” como víctima, sino porque la transmisión incluyó cuerpos carbonizados, desesperados gritos de auxilio, y se trasladó a la posta, el SML y a los velorios. En el gran incendio de Valparaíso de abril de 2014, el periodista de TVN Claudio Fariña realizó una nota en que una niña lloraba al recordar sus animales muertos y otra recibía

diez mil pesos por parte del profesional para que repusiera un juguete. Un estudio del CNTV concluyó, entre otros, que la nota hizo revivir el trauma. Otro sondeo del mismo organismo dio cuenta tanto de esta tragedia como del maremoto y terremoto de la zona norte del mismo mes y año. La mayoría de los encuestados sostuvo que la cobertura fue sensacionalista (70 y 54%, respectivamente).

No parece evidente, al contrario de lo que las redes sociales puedan creer, que exista una relación proporcional entre sensacionalismo y rating. Al menos en el caso del terremoto del norte, las audiencias no aumentaron cuando se exhibieron contenidos cuestionables, y sí lo hicieron cuando hubo notas de contexto y análisis. Un estudio de 2012, de la académica Lyuba Yez, de la U. Alberto Hurtado, sobre la cobertura al incendio de la cárcel de San Miguel, dio voz a editores y periodistas. Si bien reconocieron los errores, advirtieron de la complejidad de la transmisión, de la prioridad de dar información (“si no estamos ahí, nos transformamos en páginas sociales o en portavoces de “noticias positivas”) y de la necesidad de transparencia.

En Chile, además, hay un evidente

sesgo de clase en estas coberturas. Cuando en 2008 ocurrió la tragedia del bus que llevaba a niñas del colegio Cumbres, la TV no abordó a ningún familiar de la manera que lo hizo en San Miguel o Valparaíso.

Pero no es un asunto exclusivamente chileno. Cuando paramilitares prorrusos derribaron un avión civil en Ucrania, en 2014, los periodistas fueron los primeros en llegar a los restos, hurgaron en maletas y mochilas esparcidos, y lo mostraron. Colin Brazier, de la cadena británica Sky, al momento de tomar un vaso rosado, evidentemente de niñaíta, dijo “no deberíamos estar haciendo esto, realmente”.

Existe conocimiento acumulado suficiente para que reporteros y editores realicen lo que el centro Dart para el periodismo y el trauma, de la U. de Columbia en Nueva York, llama “reporteo ético” a víctimas traumatizadas. Aunque toda crisis pone en aprietos de reacción a los medios, se trata de organizaciones profesionales dedicadas a esto, que pueden y deben responder con protocolos adecuados.

Si no, pasa lo que pasó: una autoridad política se transforma en paladín justiciero del malestar social, impide el trabajo de la prensa, coarta la libertad de la misma y la mayoría del país lo aplaude.